

JUEVES SANTO

1ª lectura (Éxodo 12,1-8.11-14.): *Este día será para vosotros memorable.*

Salmo (115,12-13.15-16bc.17-18): *«El cáliz de la bendición es comunión con la sangre de Cristo»*

2ª lectura (1ª Corintios 11,23-26): *Haced esto en memoria mía.*

Evangelio (Juan 13,1-15): *Os he dado ejemplo para que vosotros también lo hagáis.*

La Semana Santa vivida de forma cristiana no queda reducida a una fiesta, a la tradición de una procesión o a unos días de vacaciones porque contienen un significado más profundo, personal y trascendente. La gente vive situaciones duras, pesadas cargas, impuestas muchas veces por una sociedad donde palabras como amor, solidaridad o servicio suenan huecas, carentes de sentido. Estas palabras, las del Jueves Santo, se dotan, recordando las acciones de Jesús en los días previos a su muerte, de un significado más que tradicional o folclórico.

El Jueves Santo es el día del amor fraterno. ¿Pero cuál es el sentido de estas palabras –amor y fraternidad– según Jesús? Hay diversas formas de amar, diferentes modos de querer a otra persona, y Jesús escoge uno en concreto, porque ha experimentado que es el querer con el que Dios quiere. Amar como lo hace un padre o una madre al hijo que necesita de su cuidado, y amando así es como aprenden a quererse entre sí los hermanos, como hijos del mismo padre y madre.

Las palabras del Jueves Santo hablan elocuentemente a través de las acciones de Jesús en la Última Cena con sus amigos. «Quererse» y «ser hermanos» tiene sentido solo desde el lugar donde Jesús las pronuncia: desde abajo, a los pies de los que ama. Jesús no se abaja para humillarse o hacerse de menos, sino para reconocerse y que le reconozcan igual a los que quiere, como su Padre ama del todo a todos inmensa e igualmente. Más allá de los que mandan y los que obedecen, están los que se aman como iguales, sirviéndose porque se quieren.

Este es el ejemplo y el mandato de Jesús: «Que hagáis lo que yo he hecho con vosotros», pero acompañado de la promesa de la Última cena, de la que los cristianos nos acordamos en cada Eucaristía. La promesa hecha a todos y a cada uno dice que el amor que viene de Dios, y con Jesús se nos reparte, es auténtico, no pasajero, capaz de quebrar sufrimientos, vencedor de la muerte, creador de vida, y vida para siempre. Una promesa que, a su vez, en el ejemplo y el mandato de Jesús encuentra para nosotros significado: «Haced esto en memoria mía».

El ritual de la pascua judía invita a comer con otros: con otros que han vivido la misma experiencia de esclavitud, la misma experiencia de liberación, la misma experiencia de travesía por el desierto. Comida más bien escasa, suficiente para recorrer ese camino; en el ritual lo importante es la palabra para el recuerdo de lo vivido y de quien lo ha hecho posible para actualizarlo en lo que estamos viviendo: «Dios pasa» (pascua).

Hoy, comer juntos, en familia, es algo casi insólito, lo hacemos con más frecuencia en casas ajenas que en la propia o comemos cada uno por separado porque tenemos horarios distintos. Y los fines de semana, peor porque queremos tener otras actividades fuera de casa: viajes, deporte, excursiones, salidas con los amigos..., y los comensales son otros: los del restaurante, los del equipo, los del parque. ¿Quiénes son los nuestros?

Hemos logrado que nuestras casas parezcan pensiones: hay pocos espacios (momentos) para la convivencia de los que vivimos en ellas o de los que vienen de visita, si es que viene alguien. Incluso hablamos de “barrios dormitorio”, barrios enteros.

Con relativa asiduidad nos juntamos a comer con amigos y amigas, sobre todo en fechas nostálgicas: aniversarios, navidades y cuando, con dificultad, conseguimos ponernos de acuerdo. Y es distinto hacerlo en un restaurante (donde te lo dan todo hecho) que en una casa (lo prepara el que acoge o cada uno aporta algo para compartir, aunque solo sea buen apetito) en la que se está más a tus anchas.

«Una mesa redonda como el mundo. Levantaremos. Un pan de multitud. Un lenguaje de corazón abierto. Una esperanza: Ven, Señor Jesús» Esta canción que cantábamos en los años 80. Años de ilusión, de sueños y utopías; muchos pensábamos como vivir con lo mínimo, para que otros muchos pudieran disfrutar de una vida digna en países del Tercer Mundo.

A la Eucaristía debemos acudir siempre con ganas y a compartir porque si no lo único que hacemos es cumplir una norma y realizar un rito que no nos sirve para la vida y el resto de la gente no se enterará de que algo extraordinario ha sucedido en nosotros.

«Yo he recibido una tradición, que procede del Señor y que, a mi vez, os he transmitido». Pablo dice que no es el creador de la tradición de la celebración de la Eucaristía, sino que a él se la «entregaron» como un tesoro, y la va pasando de comunidad en comunidad. En esa transmisión, no hay solo un rito y palabras rituales, hay también vida, vida entregada y compartida.